

Biblioteca-Films

N.º
160

La Princesa Gloria

25
CTS.



BLANCHE
SWEET

JACK
MULHALL

BALBONI, Enzo

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

VALENCIA, 234

Centro de Repartos de Publicaciones

BARBARÁ, 9

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.

BARCELONA

Núm. 160

APARECE TODOS LOS MARTES

:: REVISADO POR LA CENSURA PREVIA ::

La Princesa Gloria

(THE FINE CRY, 1926)

Producción FIRTS NATIONAL

Exclusiva METRO GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220 - BARCELONA

INTERPRETES

Gloria Marsk **Blanche Sweet**
Dick Clayton **JACK MULHALL**
La madre de Gloria . . . **JULIA SWAYNE GORDON**
El padre de Dick **HOBARTH BOSWARTH**
a John Sainpolis, Myrtle Stedman

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

ARG.: **ARTHUR MICHMAN**
Guió.: **KATHARINE CAVANAUGH**
FOTO.: **JOHN BOYLE**



¡París!... ¡Cerebro del Mundo, Maravilla del Universo! ¡Qué evocaciones despierta tu nombre!... Para muchas mujeres, París es sólo la Rue de la Paix, las Galerías Lafayette, modistos, vestidos, alhajas...!

Para muchos hombres, París es sólo Montmartre, el "Moulin Rouge", alegría, mujeres bonitas y galantes, diversiones...

Contemplemos la gran urbe serpenteada por el Sena, con su gran índice de 300 metros, señalando el Cielo: la Torre Eiffel; con la grandiosa mole de piedra levantada por la piedad francesa: el templo expiatorio del Sagrado Corazón... ¡París!

Entremos en el Palacio de Justicia; en el Tribunal que entiende en divorcios, en donde Temis, la diosa de la justicia, corta el nudo gordiano del matrimonio, a razón de... veinte nudos por hora.

La sala está llena, sin un asiento vacío, de un público selecto, compuesto en su totalidad por personas pertenecientes a la aristocracia. Ante el tribunal se sienta la demandante, una mujer joven, elegante y hermosa, con la faz sonriente y tranquila; y frente a la mesa presidencial, el demandado, un caballero menudo,

delgado, elegante, con un monóculo que le hace torcer el gesto en una mueca constante.

Conocemos los nombres de los actores de este juicio de divorcio por el legajo que obra en poder de la presidencia y en cuya cubierta leemos:

N.º 73.737

Demanda de la Vizcondesa de Roquefort

contra

el Vizconde de Roquefort

La demandante, la Vizcondesa de Roquefort, Gloria Marsh, es hija única del multimillonario yanqui Marsh.

El demandado, el Vizconde de Roquefort, es descendiente de aquel famoso Roquefort, que delante de la guillotina, cedió galantemente el paso a María Antonieta, exclamando: "Las Damas primero."

Echemos un vistazo sobre algunos personajes del público. En primera fila vemos a Luisa de Marsh, madre de la demandante y a su lado a un caballero, Eric Lancefield, su amante, uno de esos extravíos que comete de vez en cuando la Madre Naturaleza.

En el extremo de la primera fila, cerca de donde se sienta Gloria Marsh, se halla el Barón Camelotte, cuyo título y fortuna datan de la guerra. No ha podido faltar este personaje a tan mundano acontecimiento. A su lado se halla una mujer muy bonita, llamada Ivonne Baudet, su última conquista.

Empieza el juicio en medio de gran expectación y silencio.

El Presidente.—Tengo entendido que usted dejó a su marido el mismo día de la boda.

Gloria.—Sí, señor Presidente.

El Presidente.—Pero la señora Vizcondesa debe haber tenido alguna razón muy grave para abandonar tan inopinadamente al señor Vizconde.

Gloria.—Me prometió que nos recibirían en la estación con música. Si llama música a las notas que nos presentaron los acreedores, entonces sí que fué una filarmónica.

El Presidente.—¿Qué arguye a esto el demandado señor Vizconde de Roquefort?

Este, después de asegurar su monóculo, se levantó; pero su abogado le estiró del chaqué y le hizo sentar. El letrado del Vizconde se puso en pie y dijo:

—Mi cliente renuncia a la defensa. No se dirá que Maxime-Hilaire-Brissac-Saint Aulaire-de Roquefort no es generoso.

La madre de Gloria se inclina hacia su "flirt" y murmura a su oído: —Ya se puede ser generoso después que mi marido le lleva dados más de dos millones de francos.

El tribunal falló solemnemente después de varios considerandos: "*Tenemos el honor de conceder el divorcio a favor de la señora Vizcondesa.*"

Y se levanta la sesión.

Demandante y demandado habían salido con

la suya: el Vizconde de Roquefort había embolsado unos milloneros y se veía completamente libre de la impedimenta matrimonial: podía divertirse a sus anchas sin tener que dar cuenta a nadie.

Gloria Marsh, por medio de aquella unión de algunas horas, queda ungida Vizcondesa, un título nobiliario con el que siempre había soñado. Claro que este título le costaba muy caro a su padre, pero ¿qué le importaba a ella si eso halagaba su amor propio y vanidad?

El título de Vizcondesa Gloria, suena a sus oídos con la misma cadencia que el de *Princesa Gloria*.

Los amigos del Vizconde de Roquefort, y entre ellos, el Barón de Camelotte, se acercan al novio, felicitándole con efusión:

—Te felicito, chico—le dice el Barón—. No te puedes quejar. El negocio ha sido redondo.

—No estoy descontento del todo. Lo único que hubiese deseado es que mi esposa me hubiese abandonado ocho horas después... ¡Eso de estar casado cuatro horas y sólo durante un viaje!... Pero, en fin, hoy poseo unos millones que no tenía y con dinero no me faltarán mujeres tan hermosas como Gloria.

Esta y su ex cónyuge de unas horas se hallan a la puerta del Palacio de Justicia y se saludan muy amablemente como si fueran antiguos amigos:

—Te devuelvo el anillo, Máximo, con mi más

cordial saludo—dijo Gloria sonriente entregándole la alianza.

—Ya no somos marido y mujer—replica el Vizconde admitiendo el valioso anillo con el que contentará a alguna mujercita—, pero ¡qué excelentes amigos vamos a ser!... ¿no es verdad, Gloria?

—Nuestro abogado te dará el cheque, Máximo; y trata de que te dure el mayor tiempo posible. ¿Eh?

—Lo procuraré.

El Barón de Camelotte, que llevaba del brazo a su última conquista, la señorita Ivonne Baudet, se acercó a Gloria y la invitó:

—No olvide, Gloria, que está usted invitada a la fiesta que doy esta noche, en mi chalet flotante.

—Asistiré.

—Gracias, Vizcondesa.

Y el Barón besó la mano de la joven con tal anhelo, que la hizo estremecer, pensando: "¡Vaya, otro que está enamorado de mí!"

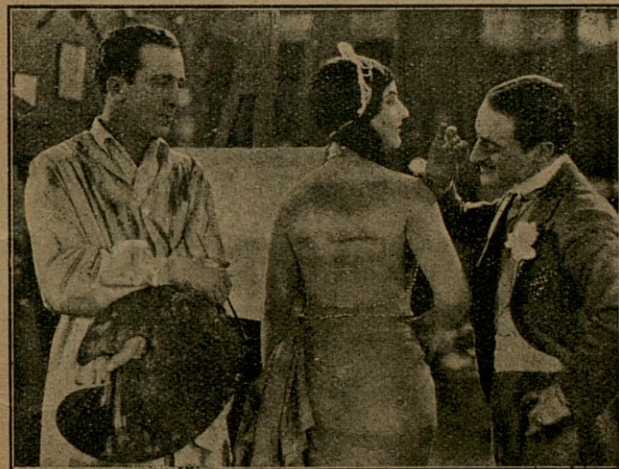
Gloria y su madre tomaron su coche que las condujo al hotel Americano donde habían fijado su residencia.

II

En la parte más elevada de un vetusto inmueble de la Rue de Rivoli, tiene instalado su estudio el joven pintor americano Dick Clayton, un muchacho muy simpático pertene-

ciente al mundo aristocrático neoyorkino, que ha venido a Europa en viaje de estudio; ha fijado su residencia en Venecia; pero prefiere París a la ciudad de las góndolas.

Hállase Dick Clayton en compañía de va-



—¡Ah!—exclamó el Vizconde manoseando a la modelo—
la pintura es mala, pero la tela es excelente.

rios jóvenes compatriotas y de hermosas modelos.

Una de éstas, envuelta desde su cintura hasta los pies en su abrigo de pieles, presenta su espalda al pintor, quien pinta en ella un

paisaje. Cuando lo ha terminado, preséntase en el estudio Maximino, Vizconde de Roquefort.

Al ver el paisaje en la tersa espalda de la muchacha, Maximino aseguró su monóculo y acercóse a contemplarlo de cerca.

—¡Ah!—exclamó el Vizconde manoseando a la modelo—, la pintura es mala, pero la tela es exquisita.

—No es por ahí, Máximo—le atajó uno de los presentes—. Esta no tiene un padre millonario. Señores, presento a ustedes el hombre más fresco de cuantos comen el pan sin el sudor de su frente: Máximo, Vizconde de Roquefort. Acaba de divorciarse de Gloria Marsh, hija del Rey del Níquel.

—¿Cómo?... ¡Gloria Marsh!...—exclamó Dick Clayton—. ¡Mi amiguita de infancia. Fuimos a la escuela juntos... Es una muchacha lindísima. Mi pésame más sentido al hombre infortunado que ha perdido a la más gloriosas de las Glorias.

—¿Qué le vamos a hacer?... Usted, amigo Clayton, la perdió antes del altar y yo, después del altar. ¡Somos los dos hombres más desgraciados del globo terráqueo! ¡Y en vista de esto vamos ahora a anegar nuestras penas en champán!

—Vamos.

Y el estudio fué convertido en una orgía lupanaresca hasta las altas horas de la madrugada.

III

En el chalet flotante que el Barón de Camelotte tiene en el Sena, no lejos de la isleta, frente a Notre Dame de París, se celebra aquella noche una fiesta incomparable, a la que asisten cuantos significan algo en el mundo del dinero.

Mientras en una sala algunos juegan a la roulette, en otras se baila, se bebe o se "flirtea".

Dick Clayton, acompañado por el Vizconde de Roquefort, fué presentado al Barón de Camelotte por su acompañante:

—Mi amigo, Dick Clayton, el cual ha venido a Europa a estudiar la pintura; el Barón de Camelotte, el cual también estudia la pintura... sobre los rostros de nuestras amables contemporáneas.

Se saludaron y el de Roquefort dijo a sus acompañante:

—Ahí donde le ve usted el Barón es una fiera con las señoras. Don Juan, a su lado, es un tímido adolescente.

—Señor Barón—manifestó el pintor—, conozco su palacio de Venecia. Está precisamente enfrente de mi estudio. ¡Es una verdade-

ra maravilla y muchas veces lo he admirado desde mis ventanas.

—Estoy muy poco en Venecia—contestó el Barón—. París me tiene embrujado con la magia irresistible de sus mujeres.

En aquel momento llegó Gloria Marsh al chalet flotante. Dick Clayton se había separado del Barón y del Vizeconde.

—¡Oh!... ¡Gloria excelsa y, para mí, pretérita!—saludó el Vizeconde de Roquefort estrechándole la mano—. ¡Yo, lejos de ti, me voy a morir de pena!

—Ja... ja... ja... Este excelente ex marido mío habla de morir, él, el más vivo de los mortales.

—Gloria, te voy a dar una agradable sorpresa. Espérate. Vuélvete de espaldas.

Y al decir esto fué en busca de Dick Clayton y poniéndole también de espaldas a Gloria, dijo: “Cuando yo diga: tres, se volverán ustedes. ¡Ojo!... Uno, dos, tres.”

Se volvieron ambos y al verse cara a cara exclamaron, cogiéndose las manos amigablemente:

—¡Oh!... ¡Gloria!

—¡Ay!... ¡Dick!

Y se apretaron las manos con efusión, mientras el Vizeconde de Roquefort decía al Barón de Camelotte:

—Se conocieron en los tiernos días de la infancia. Naturalmente tendrán un sin fin de cosas que contarse.

Dick y Gloria se separaron, entreteniéndose juntos y luego se pusieron a bailar.

—Dime, Dick, ¿no me has olvidado en el tiempo transcurrido?

—No, Gloria.

—Cuéntame, Dick, todo lo que ha pasado en estos últimos años.

—Ya tendremos ocasión de hablar.

—¿Hace mucho que estás en París, Dick?

—Seis meses. Unos días antes de salir para Europa me encontré con tu padre, siempre tan atareado.

—¿Querrás creerlo, Dick? Papá, para mí, ha llegado a ser sólo una firma al pie de un cheque.

—¡Oh, Gloria! ¿Te acuerdas de aquel día, cuando te disparé una declaración de amor y luego me faltó el valor de pedirte a tu padre?

—¡Ojalá lo hubieras hecho, Dick!... ¡Ojalá mi padre no me hubiera dejado venir a Europa!

Y los dos amigos de infancia continuaban bailando, mientras se iban vertiendo mutuamente en sus almas los recuerdos de su infancia feliz, aureolada por las emociones de un amor naciente.

El Barón de Camelotte que había puesto sus ojos lascivos en el cuerpo escultural de Gloria, rugía de cólera al ver tan amartelados a los dos amigos de infancia; sobre todo, cuando los vió juntos en uno de los reservados del palacio flotante.

Con tiernos recuerdos, jamás olvidados, Dick y Gloria formaron un puente delicioso que unía el pasado con el presente.

El inquieto Vizeconde de Roquefort comprende, por la mirada triste del Barón de Camelotte, que a éste le ha salido un grano con la presencia, en la fiesta, del pintor Dick, y se complace en molestarle buscándole las cosquillas:

—¡Ah, Barón!... ¡El irresistible Don Juan veneciano vencido por un pintorecillo americano!

—En realidad esa mujer no me interesa. Es demasiado accesible para tentar a un hombre aficionado a las empresas difíciles.

—Olvida usted, Barón que yo conquisté a esa mujer... ¡Fácil Gloria, cuando un Roquefort...!

—Ya tiene razón, usted es un... roquefort... ¡Valiente queso!

—¡Usted me insulta...!

—Usted me ha ofendido y me dará una reparación en el campo del honor.

Así acabó aquella fiesta: con un duelo en perspectiva.

IV

Gloria Marsh, la deliciosa Vizcondesa de Roquefort, se ha avistado con su amigo de infancia, el pintor Dick Clayton, en el estudio

de éste, en donde toman el te en una intimidad que les recuerda los antiguos tiempos de una amistad sincera.

—Gloria, no sabes qué satisfacción experimenta mi alma al volverte a hallar más hermosa que nunca y... libre.

—Y yo, Dick.

—Pero ese Barón de Camelotte me exaspera. Tiene una manera de dirigirte la palabra que cualquiera diría que hay algo entre los dos.

—No, hijo, no. No le puedo ver.

—Es que besa tu mano con tal pasión.

—Ten, bésamela tú también—y le tendió la diestra que Dick besó apasionadamente.

—Gloria, perdóname. Cuando los celos se apoderan de mí no sé lo que digo ni lo que hago.

—Quiero que me hagas mi retrato.

—Te lo haré pero prefiero elegir para ello mi soledad de Venecia adonde volveré dentro de unos días.

Aquella visita de Gloria supo a ídem al pintor y no fué menos sabrosa para aquella a juzgar por la frecuencia con que la repitió. Nadie conoce los detalles de aquellas reuniones íntimas porque nada trascendió al exterior y ambos se encerraban con llave en el estudio. Pero las lenguas murmuradoras empezaron a moverse como tarabillas, con una velocidad alarmante.

Las vecinas del pintor comentaron la fre-



—Ten, bésamela tu también.

cuencia de aquella aristócrata yanqui cuyo nombre llegó a sus oídos.

Doña Angustias, vecina de doña Estupefacción, ha visto cosas que ponen los pelos erizados... ¡Qué cosas!

¡Doña Estupefacción está bien enterada! Tiene un servicio de información que ni el The Times.

—Doña Angustias, ¿qué me dice usted de Gloria Marsh y del joven Clayton? Es escandaloso. Un chauffeur de taxi le dijo a la hermana de un amigo de mi portera, que su tío, que es camarero, había visto... ¡oh!... no quiera usted saber.

—¡No me diga!... Pero eso es po-si-ti-va-men-te escandaloso.

—¡Si usted supiera qué ratitos pasan arriba juntos!

—¡Oh, doña Estupefacción, me deja usted frigorificada!

—¡Este París es Somorra y Gomorra!

... ..
Durante una de las sesiones íntimas del pintor y de Gloria y mientras ambos se hallaban ante las espumosas copas de champán en un *tête à tête* delicioso, llamaron a la puerta.

—¡Oh!... ¿Quién será, Dick?

—Escóndete, Gloria... Allí, en el "boudoir" de mis modelos.

Gloria se ocultó en el lugar indicado por el pintor, y éste fué a abrir, hallándose frente al Barón Camelotte y su amante Ivonne Baudet.

—Hola, Barón, ¿qué de bueno le trae por mi estudio?

—Nada más que para anunciarte que Máximo y yo nos hemos reconciliado. No habrá duelo. Venía para dar una agradable sorpresa a Gloria.

—Ya ven ustedes—replicó Dick Clayton—que Gloria no está aquí.

—Sí, ya lo veo.

Y al decir esto el Barón de Camelotte miraba, meneando la cabeza, los dos cigarrillos humeantes colocados en la mesita donde, minutos antes, el pintor y Gloria tomaban el te.

—Dígale usted a Gloria—prosiguió el Barón—que su ex esposo y yo no nos batiremos. Con ello se alegrará. Y dígala que eso lo hago por ella. Adiós, amigo. Trabaje mucho. Es la única forma de conquistar la fortuna... y la gloria.

El Barón y su amante de unos días salieron.

También lo hizo Gloria de su encierro. Dick Clayton volvió a molestarla con sus dudas.

—Este Barón viene siempre buscándote y eso me da mala espina.

—Déjale, tontín... Así tendrá dos trabajos; el de buscarme y el de olvidarme.

—Es que mi amor por ti es tan grande que no quiero que ni te miren siquiera.

—Vamos, dame un beso y déjate de ideas tontas.

VI

La madre de Gloria se ocupaba muy poco de su hija y mucho menos de su esposo: lo primero flirteaba con el pintor de un modo escandaloso y se avistaba con él, cada día, en su estudio.

En cuanto a su marido bastante trabajo tenía en pensar en sus negocios para que su esposa e hija le preocupasen lo más mínimo.

Por eso la desventurada y coqueta madre de Gloria pierde miserablemente el tiempo entre fiestas, manicura y arreglo de su persona, y el flirteo con su capricho actual, el cartonado Eric Lauefield que no deja a su amante ni un momento, constituyendo como su sombra.

En el Hotel Americano se hallan reunidas varias amigas en compañía de la señora de Marsh. Veamos el cuadro: dos señoritas jóvenes hablan de modas en un extremo de la sala; otra, hundido en una poltrona, lee una revista del mundo galante "Le Rire" y de vez en cuando lanza una carcajada, seguida de la lectura, en alta voz, de alguna indecencia, velada por *le savoir dire* francés, tan fino, aun tratándose de materias tan sucias y soeces como las tratadas en aquella revista galante; la

señora de Marsh, entretanto, con la cabeza envuelta en un lienzo y rodeada de servidoras, manicuras, pedicuras y peinadoras, se deja zarrandar en todos sentidos: una, arrodillada a sus pies le arregla los pies y se los perfuma, otra le pule las uñas de las manos, otra le ondula el cabello. Y entretanto su amante sentado muy cerca de ella se la come con la mirada.

La damisela que lee "La Rire" echa una carcajada para llamar la atención.

—¿Qué lees, Laura?—inquire la señora de Marsh—. Vamos, dílo.

—Léelo, mujer—suplica otra.

Se hace un gran silencio y la joven lee el despropósito desenvuelto con un aplomo de un sargento de carabineros: es un chiste, sucio, soez; pero envuelto en el papel de plata de la gracia cortés, fina, delicada francesa.

Una carcajada general acogió el chiste; todas lo celebraron menos el único varón que se hallaba en la sala, el cual, sin desarrugar el entrecejo, enrojeció hasta las orejas, escandalizado de la frescura de aquellas damas tan encopetadas.

—Ya veis—dijo una de las aristócratas—. El francés es un idioma maravilloso. En inglés esa frase me habría hecho ruborizar y, sin embargo, en francés me hace gracia.

...

Y mientras, en París, la hija se divierte y la madre busca distracción al aburrimiento

que producen las riquezas desmedidas, en el Océano viajan con dirección a Francia, juntamente por una pura casualidad, la madre de Dick Clayton y el padre de Gloria.

Ambos se conocían de muy antiguo, como hemos visto que sus hijos fueron también amigos de infancia; así es que no le extrañará al lector que el millonario Marsh y la viuda de Clayton, viajando en el mismo trasatlántico, se hallen sentados sobre el puente de primera conversando como dos buenos amigos; y como de gran confianza, tampoco se extrañará el lector que no lleguen a entenderse:

—Lo curioso, señora de Clayton, es que ambos viajemos en el mismo barco y por idéntico motivo.

—Es que yo he sabido, señor Marsh, que mi hijo coquetea precisamente con... una mujer que no es de mi agrado.

—Lea usted esto, señora Clayton—y el señor Marsh presenta a su interlocutriz una carta—es de un buen amigo mío. Y ya sabe usted que los hombres no somos aficionados a los chismes.

—A ver.

La señora Clayton leyó:

...Y nos inquieta justamente la conducta de Gloria con el joven Clayton, pues llega a visitarle en su propio estudio... ¡Con la fama que tienen estos artistas...!

—Etcétera, etcétera... Ya ve usted, señora Clayton, cuál es el motivo de mi ida a París.

—Pues yo, señor Marsh, he emprendido este viaje porque no quiero que una mujer divorciada eche a perder el porvenir de mi hijo. Voy a obligarle a que vuelva a Venecia donde tiene su residencia...

—Y yo tampoco quiero que mi hija desbarate su porvenir casándose con un pinta monas. Ya hizo una tontería casándose con el Vizeconde de Roquefort y ~~no~~ quiero que la repita.

—¡Pinta monas mi hijo!

—¿Por quién toma usted a mi hija?

—Vaya, señora Clayton... No hay derecho a que riñamos por cosa tan baladí.

—Tiene usted razón, Marsh, merecemos los dos la camisa de fuerza. Amigos desde más de veinte años y, sin embargo, estamos insultando a nuestros descendientes...

Los dos se echaron a reír y se dieron la mano como para reconciliarse.

.....
Llegaron los respectivos padres de los dos amantes, es decir el de Gloria y la madre del pintor Dick. Y por más que ambos se proponían armar un escándalo por partida doble a sus respectivos vástagos, no pasó todo de un principio de sermón que terminó con besos y abrazos tan efusivos como debían serlo para los padres que hacía varios años no veían a sus hijos.

En cuanto al señor Marsh, digamos que pudo comprobar desde el momento que puso



...que terminó con besos y abrazos...

los pies en la morada de su familia, que su señora no le era fiel, pues halló a su amante en las habitaciones de aquélla y le mandó con viento fresco, después de haberle ridiculizado ante su esposa.

Cuando la madre de Dick Clayton se presentó, sin avisarle, en casa de su hijo, éste se hallaba en compañía de su amante Gloria Marsh.

La señora Clayton pudo comprobar que eran ciertas las noticias que corrían sobre la vida disipada de su hijo y se insolentó contra Gloria. Antes de saludar a su hijo, se dirigió a aquélla:

—¡Ah!... ¡Esta es la famosísima Gloria, tan traída y tan llevada por los suplementos de nuestros periódicos!

—Ahora, señora—contestó Gloria—, el próximo suplemento traerá la sensacional y conmovedora noticia... *“¡Una madre abnegada cruza el mar para librar a su hijo de las redes de una peligrosa sirena.”*

—Déjese usted de bromas, Gloria, y hablemos seriamente. Dick debe regresar a Venecia inmediatamente y si usted ha formado algún propósito matrimonial, vale más que renuncie a él desde ahora.

—Señora, no tema. Yo cometí la insigne tontería de casarme y no estoy dispuesta a reincidir.

—Me alegro de su determinación y con gus-

to veré sea cierto lo que me dice. Mi hijo se alegrará también.

—Permítame que le diga, señora, que no co-



...y lo destroza haciéndolo trizas.

noce usted a su hijo. Por mucho que diga y haga, continuará haciéndome el amor y proponiéndome que sea su mujer.

Cuando Dick y Gloria se hallaron juntos y solos el mismo día, aquél quiso quitar el mal efecto que las palabras de su madre habían producido en el ánimo de la joven.

—Dick—le dijo Gloria—todo el mundo conspira contra nosotros, contra nuestra amistad y cariño.

—¡Que conspiren!... No moverán lo que está muy dentro de mi corazón. Gloria ¡te quiero!... ¡Sé mi mujer!

—¿Tu mujer o tu esposa?

—Mi esposa.

—No, Dick, no quiero ser la esposa de ningún hombre, aunque fuera príncipe.

—Entonces, siendo así, obedeceré a mi madre, volveré a Venecia. Pero, Gloria, siempre esperaré que cambies de idea y me escribas.

VI

Trasladémonos a la bella ciudad de los Dux, con sus marmóreos palacios cabe los canales poéticos, calles de plata, la ciudad de San Marcos, ¡Venecia!

Una góndola conduciendo a un solo pasajero atraviesa el Gran Canal. Después de atravesar el puente del Mercado y el de los Suspi-

ros se para cabe las escalerillas de un antiguo palacio cerca al histórico de los "Foscheri".

Apenas el viajero pone pie en tierra una gruesa y a la par guapa muchacha, con aires de ser ama de llaves del palacio, se acerca a aquél y le saluda en italiano:

—Buenas tardes, señor Dick, cuánto celebro su llegada. Recibí su telegrama y créame que me ha causado una alegría inmensa.

—Toma este estuche, Marta.

—¿Y viene usted por mucho tiempo?

—Tardaré en moverme... París me aburre y me hace perder mucho tiempo.

Una hora más tarde, Dick ya se había puesto a trabajar en su estudio en una nueva tela: el retrato de su amada Gloria.

Dos días hacía que trabajaba con cariño sin igual en aquella tela y ya en ella aparecía, en un diseño perfecto, la efigie perfecta, parecidísima de la mujer de sus pensamientos.

En ella trabajaba cuando Marta, la gruesa ama de llaves, penetró en el estudio y le anunció:

—Una señorita acaba de llegar y pregunta por usted.

Un instante más tarde Gloria penetraba en el estudio.

—¿Tú?... ¡Gloria!... ¡Qué felicidad!

—Vamos, veo que piensas en la gloria... Siempre trabajando.

—Ya lo ves... No me has avisado tu llegada y ya ves que mi pensamiento está contigo.

—Aquí sí que no hay ficción. Vaya, veo que tu cariño es de los que no tienen vuelta de hoja. Y me pintas de memoria.

—No, hija, no ves que llevo tu retrato en mi mente.

—Pues a mí me pasa lo mismo, Dick. Ya no podía estar más tiempo en París sin verte, y como tú no venías a mí, vengo yo a ti.

—¡Gloria mía!

—Telegrafié para que me reservaran una habitación; pero los Hoteles están llenos y no sé dónde albergarme.

—Si la señorita quiere quedarse aquí—intervino el ama de llaves—puede hacerlo. Mi presencia será una garantía contra la maleficencia.

—Había olvidado decirte que Marta es mi ama de llaves... Ya lo oyes, si quieres quedarte.

—Sí, sí, con mucho gusto. ¿Dónde mejor que a tu lado?

Y Gloria Marsh, Vizcondesa de Roquefort, se instaló en el Palacio que Dick Clayton tenía alquilado al lado del lujosísimo del Barón de Camelotte.

No hay para qué decir que aquella morada se convirtió en un nido de amor de ventura felicidad para el pintor americano.

Dos días hacía que Gloria se hallaba instalada en casa de su amigo, cuando recibió una olorosa misiva orlada con un escudo de barón que decía así:

Gloria, he tenido conocimiento de que usted se hallaba en Venecia. Eso le explicará mi presencia en la perla del Adriático. ¿Puedo visitarla esta tarde?

Camelotte.

Dick tuvo un disgusto al enterarse de esta misiva.

—¿De modo—preguntó Dick a Gloria—que el Barón te ha seguido hasta Venecia?

—Dick—le contestó Gloria—, no puedo negarme a verle. Debo explicarle de alguna manera mi presencia en esta casa.

—No son los celos, Gloria, que me obligan a hablar así, es una repulsión por ese hombre, repulsión que no puedo vencer.

La misma tarde Gloria y Camelotte se entrevistaron en el palacio de Dick.

Gloria, con muy poco tacto, obsequió al Barón con te y pastas, y durante la entrevista, le explicó el motivo de su estancia en Venecia:

—Dick está haciendo mi retrato. Por eso vine... Y como los hoteles estaban repletos y me ofreció hospitalidad el ama de llaves de Dick...

—Me alegro, Gloria, que haya sido el arte y no el corazón el que movió sus pasos hacia Venecia. Gloria, ¿por qué callarlo? La admiro como a un ser excepcional, y si algún día, quisiera usted oírme una sola palabra la iré a buscar al fin del mundo.

Gloria, coqueta con cuantos la galanteaban,

recibió aquellas palabras si no con placer al menos con agrado. Le gustaba que la adulasen y aunque ella no amaba al Barón le hizo muy buen papel. Este le besó repetidas veces la mano con pasión.

Entretanto, arriba, en su estudio, presa de los celos, Dick sufre intensamente. Y cada ruido que le parece percibe del salón donde su amada y el Barón conversan, cada silencio, aumenta su suplicio.

Y tanto le torturan los celos creyendo a Gloria en brazos del Barón se retuerce en unos pensamientos torturantes que le hacen perder la tranquilidad.

“Oh, mujer, mujer—musita—, tu nombre es volubilidad, traición, inconstancia...”

Y al contemplar el retrato de su amada, que tiene ya terminado, lo agarra en alto y lo destraba, haciéndolo trizas.

Bajó al salón donde se hallaba el visitante en compañía de su amada. El Barón creyó prudente marcharse.

—¡Dios! ¡Qué tortura!... Tuve que bajar si no me hubiera vuelto loco. Dime, Gloria, ¿verdad que te hizo el amor ese canalla?

—Dick, ¿es esa la fe y confianza que tienes en mí?

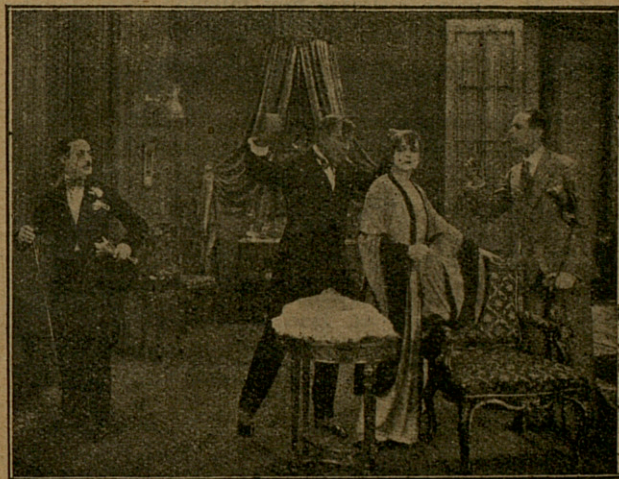
—Contéstame, ¿te hizo el amor?

—Vuelve en ti, Dick. Los celos nublan tu entendimiento. Luego te avergonzarás de tus injustas sospechas.

—Comprendo por qué viniste a Venecia...

Por pura coquetería. Por saber si él te seguiría.

—¡Ingrato!... Si me he expuesto a perder la reputación en París ha sido por ti, por ti solo. Bien sabes que te quiero, Dick y que estoy



...y le mandó con viento fresco...

dispuesta a ser tu mujer cuando tú quieras, ahora mismo.

—¿Ahora quieres casarte conmigo?... ¿Qué me ofreces?... ¿Las renunciás de esos blasonados?

Esas palabras y el saber que había roto su

retrato exasperaron a Gloria, quien le replicó furiosa:

—El Barón fué menos cruel que tú... ¡no me insultó! Tus insultos han abierto un abismo entre nosotros que nos separará eternamente. Me vuelvo a París hoy mismo.

Y al decir esto Gloria huyó de casa de Dick.

Al verla partir, éste gritaba como un loco:

—¡Gloria!... ¡Por favor, no te vayas!... ¡Los celos me han enloquecido!...

Mas ella sin hacer caso, le espetó al rostro:

—¡Ahora sí que me seguirá el barón; puedes estar seguro!

Siguieron para Dick días de decisión, de tortura y desaliento.

Su criada, más conocedora del corazón femenino, le decía:

—¡Qué ciegos son los hombres, señorito; sígala a París y vuelva a conquistarla... Ella es lo que desea. Gloria le ama.

VII

El Barón daba aquella noche a sus amigos una fiesta íntima, con el fausto y aparato de un banquete de victoria en la Roma imperial. con ribetes de orgía.

A ella asistía Gloria que quería olvidar—

pero sin poder lograrlo—a su amigo Clayton. El final del banquete fué apoteósico, como que a causa de la imprudencia de un criado se declaró un incendio en la sala y todos tuvieron que salvarse huyendo.

Aquella misma noche Dick Clayton había llegado de Venecia y había seguido a su amada, la cual desmayada al huir, fué salvada por el pintor.

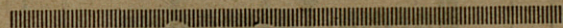
Cuando Gloria volvió de su desmayo y se halló en brazos del hombre que amaba creyóse víctima de dulce ensueño.

—¡Gloria, mi Gloria!... Ya no te soltaré.

—Ni yo me iré de tus brazos por más que hagas.

Ambos juntaron sus bocas en un beso en que se sorbieron el alma.

FIN



Núm. 162 — Biblioteca Films — 18 de Enero

El Conde de Luxemburgo

según la admirable obra de
FRANZ LEHAR

por la bellísima estrella

Helene Lee Worthing —

y el eminente astro

— George Walsh

Pañol: RICARDITO TALMADGE

No dejéis de coleccionar cada sábado
CUENTOS CINEMATográfICOS

Serán los primeros números :

La fortuna del bandido

por los inseparables TOM TYLER, CHISPITA y «VIVALES»

Chiquilín no tiene enmienda

por el famoso JACKIE COOGAN

Venganza de ranchero

por vuestro favorito TOM MIX

El cowboy policía

por los nuevos héroes de la pantalla
TOM TYLER, CHISPITA y «VIVALES»

CADA NÚMERO UN CUENTO COMPLETO

CADA CUENTO DIEZ CÉNTIMOS

**Biblioteca Infantil Cinematográfica
y Cuentos Cinematográficos**

son las publicaciones bredilectas de los niños inteligentes

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas,
previo envío del importe en sellos de correo. Remitan
cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Valencia, 234 - Barcelona